

# EL PROBLEMA NO LO TENGO YO

Escrito por Jimena Eme Vázquez

Monólogo basado en la historia de vida de  
**Camelia Muñoz**

En el 2018 quise regresarme a Monterrey y dedicarme a otra cosa. Si por la noche oía un ruido afuera de mi casa, me paraba y salía con una linterna. Más de una vez alcancé a ver las sombras cuando se iban corriendo. Una vez me puse a gritar. Fuerte.

Se me había metido el miedo a la cabeza y me dolía todo el tiempo. Aquí. Imagínate llegar y ver la tierra de las macetas regada por todos lados. Lo peor es que, si eso pasaba en mi casa, en el que supuestamente era un lugar seguro, significaba que afuera, en la calle, me podía pasar cualquier cosa. Pero yo me repetía: “Camelia, no te van a poner una pistola en la cabeza, este es un juego psicológico nada más, uno bien canijo”.

En 2015 puse la primera denuncia. Por los ingresos a mi casa. De ahí siguieron otras cuatro: de cuando lanzaron piedras, otra por las amenazas digitales de que ya estaba robando oxígeno de más, la agresión física de un pseudo periodista... Y no me acuerdo de la otra. Con esas denuncias nunca pretendí tener justicia, solo quería dejar un antecedente de lo que estaba pasando. Cuando CIMAC me ofreció terapia, yo dije: “pero si no estoy loca, esto no tiene que ver conmigo, son ellos, que no soportan mi trabajo”. Acepté porque llevaba mucho tiempo sin dormir.

“No te metas en problemas”. Esa frase que me dijo tanta gente a lo largo de los años. Me la decían los directores de los periódicos, las jefas de información,

las secretarías de redacción, los dueños: “No te metas en problemas”. Pero el problema no lo tenía yo. Si estoy dando cobertura a problemas que están afectando a la sociedad y que son generados desde la administración pública, creo que el problema no lo tengo yo. Y si tengo que ir todos los días a denunciar cada una de las intimidaciones que me hagan, lo voy a hacer. Me voy a encargar de que mi nombre quede en todos los expedientes que sean necesarios: Camelia Muñoz, con la letra bien clarita.

Me llamo Camelia porque a mi abuela le gustaba La Dama de las Camelias. Nunca leyó el libro, pero vio la película y le gustó la flor.

Nací en Monterrey, estudié sociología y cuando salí de la universidad me fui a trabajar en el IFE y el INEGI. Al poco tiempo me pusieron a hacer comunicados y eso me llevó a convivir con la gente de los medios de comunicación. Entre esas personas que fui conociendo, hubo alguien que me invitó a trabajar en un periódico, en la sección de culturales... y yo en lo primero que pensé fue en todos los espectáculos que me iba a tocar ver gratis: el teatro, la danza... ¿Cuándo empiezo? De cultura me mandaron a Locales. Cubría algunos municipios y las noticias de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Era un periódico oficialista, así que cuando se destaparon los actos corruptos del rector de la Universidad, yo no pude decir nada. Veía a mis compañeros de otros

periódicos investigando el tema, y a mí me mandaban a cubrir que habían podado el pasto de los jardines. Sentí mucha impotencia porque la nota no era esa, ¿cómo me voy a cubrir otra cosa si lo de allá es lo importante? Había que visibilizar la problemática de corrupción. Ese rector acabó en la cárcel, por cierto.

Buscando un lugar con un poco más de libertad, me fui a una revista donde ya trabajaba mi hermano Joel, que siempre fue mi gran consejero. Incluso en los momentos más difíciles, cuando quise dejarlo todo, él siempre me ayudó a distinguir lo que era relevante de lo que no. A Coahuila llegué en el 98 o 99. Eran las vacaciones de Navidad y yo andaba en Monterrey. Estaba trabajando en otra parte y en otros asuntos, pero que me llama una amiga y que me cuenta que estaba de directora del periódico Zócalo en Ciudad Acuña.

—Ayúdame, Camelia, me quedé sin personal.

—Órale, pues, pero nada más un rato—le dije.

La calle donde estaba el periódico ni pavimentada estaba. Las casas se caían a pedazos y estaba tan contaminado que me enfermé. Una vez que fui a cubrir un evento de un funcionario y cuando llegué a la redacción a hacer mi nota había dos personas extrañas. Las saludé. No sabía quiénes eran, pero un “buenas tardes” no se le niega a nadie. Me senté en mi escritorio, frente a mi computadora, y que se me paran los dos atrás.

—¿En qué les puedo ayudar?

—Queremos ver lo que escribes.

Ah, caray. Me paré, me encerré en el cuarto de revelado y le llamé a mi amiga: Mira, si quieres enséñales el reportaje a ellos, al funcionario y a quien quieras cuando esté terminado, pero yo no me voy a salir de aquí mientras esos dos buitres anden rondando mi computadora.

De Acuña me fui a Piedras Negras a trabajar en otro periódico. Ahí no era reportera y entraba a las seis de la tarde, así que para aprovechar mejor el día, me metí a una agencia donde podía investigar temas por mi cuenta. Uno de los casos que seguí fue que el hermano de un funcionario importante estaba distribuyendo droga. Hice la investigación, di con el dueño del departamento donde sucedía todo (y al que hacía meses que no le pagaban la renta), hicieron un cateo, encontraron la droga, hice la nota, se publicó... y al otro día el director del periódico sacó un comunicado desmintiendo todo lo que yo había dicho.

Oiga, pero si yo no inventé nada. Entró la policía. Había una pared con doble fondo y la droga estaba ahí. ¿Por qué pretenden hacerme quedar como una mentirosa?

Me tuve que tragar el desprestigio mientras el director del periódico presumía la camionetota que le acababan de regalar por los servicios prestados.

“Así son las cosas acá”, me decían los policías, “No te metas en broncas”.

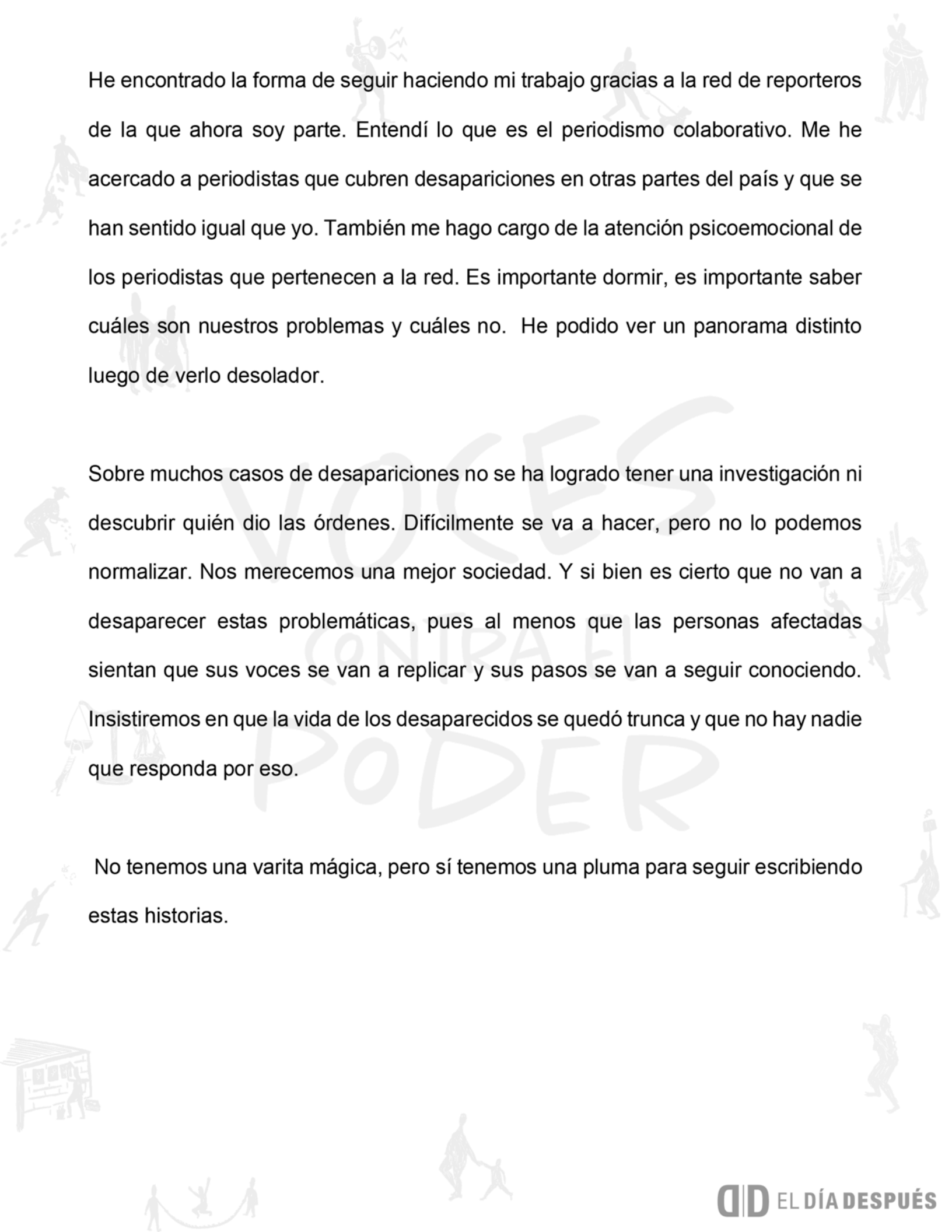
De Piedras Negras me fui a Saltillo, a un periódico donde me mandaban a mí cada vez que había una bronca. Por el 2014 empecé a ser corresponsal para Aristegui en MVS y al poco tiempo la gente del PRI hizo que me corrieran del periódico. No estuvo mal, la verdad. Me armé una maleta y me fui a cubrir el tema de las desapariciones. Desde el 2008 empezaron a surgir incidentes y yo salí de Saltillo a comprobar que había casos en muchas partes del estado. Tuve la confianza de las familias, que me contaron todo, me dieron documentos. En el gobierno se dieron cuenta de que había sido contraproducente haberme dejado todo ese tiempo libre. En ese entonces Rubén Moreira ya era el gobernador. En su afán por desacreditarme, dijo que yo estaba del lado de los narcos, que hasta en su nómina estaba.

Eso me hizo sentir muy vulnerable. Lo de aventar piedras a mi casa fue por esos tiempos. Dejé de ir a Monterrey sola en mi coche, ya mejor me iba en autobús. Y trataba de que mi mamá no se enterara de nada de lo que me estaba pasando.

Con mi compañero Lorenzo, del Reforma, siempre dijimos que alguien tenía que seguir haciendo esto. Que si uno de los dos faltaba, el otro se tenía que quedar. Lorenzo murió en un accidente de coche, junto con toda su familia.

Y eso de “accidente” siempre me ha parecido dudoso.

No me fui en 2018 ni me dediqué a otra cosa.



He encontrado la forma de seguir haciendo mi trabajo gracias a la red de reporteros de la que ahora soy parte. Entendí lo que es el periodismo colaborativo. Me he acercado a periodistas que cubren desapariciones en otras partes del país y que se han sentido igual que yo. También me hago cargo de la atención psicoemocional de los periodistas que pertenecen a la red. Es importante dormir, es importante saber cuáles son nuestros problemas y cuáles no. He podido ver un panorama distinto luego de verlo desolador.

Sobre muchos casos de desapariciones no se ha logrado tener una investigación ni descubrir quién dio las órdenes. Difícilmente se va a hacer, pero no lo podemos normalizar. Nos merecemos una mejor sociedad. Y si bien es cierto que no van a desaparecer estas problemáticas, pues al menos que las personas afectadas sientan que sus voces se van a replicar y sus pasos se van a seguir conociendo.

Insistiremos en que la vida de los desaparecidos se quedó trunca y que no hay nadie que responda por eso.

No tenemos una varita mágica, pero sí tenemos una pluma para seguir escribiendo estas historias.